



FOTO: FMI/KIM HAUGHTON

No hay vuelta atrás

Invertir en políticas al servicio de la gente creará una economía mejor después de la crisis

Kristalina Georgieva

EN MEDIO DE LA NUEVA ESCALADA de la pandemia en muchas naciones, es lógico desear que la vida no tarde en volver a la normalidad. Ojalá pudiéramos disipar rápidamente los nubarrones de la incertidumbre, la frustración y la desesperación. El virus se ha cobrado más de un millón de vidas, y cientos de millones más quedarán trastocadas para siempre a causa del aumento de la pobreza, la gigantesca pérdida de empleos y las interrupciones en la educación. Hoy enfrentamos el riesgo de una generación perdida, sobre todo en el mundo en desarrollo.

Pero ni podemos ni debemos regresar a la economía de ayer, marcada por un crecimiento lento, una productividad baja, gran desigualdad y una crisis climática cada vez peor. Debemos apuntar a un futuro donde las cosas se hagan de otra manera. Hay dos tareas enormes y urgentes: luchar contra la peor crisis económica desde la Gran Depresión y comenzar a construir un mundo más verde, más inclusivo y más dinámico.

Podemos inspirarnos en las personas que marcaron una diferencia durante la pandemia: el personal sanitario, los repartidores y los limpiadores, que en

muchos casos llegan a duras penas a fin de mes a pesar de lo mucho que trabajan y de los riesgos que asumen por los demás.

Para ayudar a estos trabajadores y a toda la población, los gobiernos han tendido a hogares y empresas líneas fiscales de salvataje que rondan los USD 12 billones. Asimismo, las medidas de política monetaria extraordinarias mantuvieron el flujo de crédito y evitaron que millones de empresas tuviesen que cerrar. Esto es una base para el progreso, pero los retos que se perfilan quizá sean mayores.

Un objetivo importante es crear una economía mejor para todos. Estas son algunas de las prioridades que nos permitirán alcanzarlo: **invertir en la mujer y la juventud** y **en programas de educación y capacitación** que abrirán puertas y estimularán la productividad. Es lo que llamo “políticas para la gente”.

Empoderar a la mujer

La crisis ha sido excepcionalmente difícil para las mujeres, cuyos empleos están concentrados en sectores de riesgo duramente golpeados; la experiencia muestra que en las economías en desarrollo las niñas tienen menos probabilidad de regresar a la escuela tras una pandemia. Dado que también es más probable que las mujeres trabajen en la economía informal, es posible que no se beneficien de la ayuda pública. Y durante esta crisis, en varias economías avanzadas la mujer está trabajando por semana 15 horas más que el hombre en tareas domésticas no remuneradas.

En otras palabras, hoy peligran décadas de avance hacia la igualdad de la mujer. Esto exige una respuesta contundente, basada en políticas bien pensadas y datos sólidos. Por ejemplo, presupuestar más ayuda para el cuidado infantil para que la mujer tenga más oportunidades laborales. Una mayor inclusión financiera ayudaría a las mujeres a enfrentar mejor los shocks y aprovechar oportunidades empresariales.

El FMI respalda a los países miembros en la implementación de políticas fiscales que favorezcan la igualdad de género, como los presupuestos con perspectiva de género. Pensemos también en establecer jurídicamente la obligación de igualdad de pago, en colaborar con la sociedad civil y en asignar a los ministerios de Hacienda un papel central en este ámbito, como lo ha hecho Canadá. Nuestros estudios muestran que acelerar la igualdad de género puede revolucionar el mundo. En los países con mayor desigualdad, cerrando la brecha de género podría incrementarse el PIB en un promedio de 35%.

Invertir en la juventud

Varias de las dificultades que enfrenta la mujer, como desarrollar sus aptitudes y acceder al empleo formal, afectan a la juventud a nivel más amplio. Dado que es mucho menos probable que los jóvenes y los que no recibieron formación universitaria ocupen un puesto

con posibilidad de teletrabajo, corren mayor riesgo de desempleo. Entre tanto, la crisis ha trastocado la educación de más de 1.000 millones de alumnos, lo cual podría afectar profundamente sus ingresos y niveles de vida el resto de sus vidas.

Hace poco, el FMI y el Banco Mundial analizaron a fondo cómo la crisis está obstruyendo el acceso a las oportunidades y recomendaron políticas que podrían ayudar. En muchos países, por ejemplo, se pueden mejorar las regulaciones del mercado laboral para proteger a los *trabajadores* mediante redes de asistencia social más fuertes, en lugar de intentar salvar *empleos específicos* que podrían desaparecer.

Los países pueden mejorar los resultados educativos con programas como la Bolsa Familia de Brasil, que brinda prestaciones en efectivo a las familias que escolarizan a los niños.

Facilitar y abaratar el lanzamiento de un negocio, como está haciendo Jordania, es especialmente útil para los jóvenes, y lo mismo puede decirse de los programas bien concebidos que les brindan formación laboral y los ayudan a encontrar trabajo. En muchos países, también hay margen para subsidios salariales en el sector privado que incentiven a los empleadores a contratar y capacitar a jóvenes sin empleo.

Brindar acceso a las oportunidades

Mediante políticas centradas en la gente puede estimularse la productividad, sobre todo si las inversiones mejoran las aptitudes de los trabajadores con empleos informales o con empleos de baja calificación. Estos trabajadores de por sí ya ganan menos y tienen menos seguridad laboral, y poca capacidad de ahorro para sobrellevar los malos tiempos. Cuando estalló la pandemia, la mayoría no podía trabajar a distancia y lidiaba con redes de protección frágiles, hacinamiento y acceso limitado a una buena atención médica.

Tal como ocurre con otros grupos vulnerables, si cada país invierte en materializar el pleno potencial de estos trabajadores, toda la sociedad se beneficiará. Hay un enorme margen para el reciclaje profesional y el desarrollo de nuevas aptitudes, sobre todo para los trabajos que debemos hacer para salvar el planeta. Pensemos simplemente en la reforestación y la conservación del medio ambiente, así como el reacondicionamiento de edificios para un uso energético más eficiente.

Pensemos también en ampliar el acceso a Internet y a los servicios financieros. Alrededor de 1.700 millones de adultos todavía no tienen cuentas bancarias, y más o menos el doble no tiene acceso a Internet. Para corregir esa situación es necesaria la infraestructura física de torres y redes de fibra óptica, así como leyes sobre privacidad y protección del consumidor.

La inclusión financiera también requiere medidas públicas para mejorar la educación financiera, eliminar las barreras jurídicas a la propiedad de inmuebles y

proporcionar comprobantes de identidad, de modo que las personas puedan abrir cuentas bancarias y acceder a servicios financieros digitales.

Cómo pagarlo

Sabemos lo que se necesita, pero ¿cómo pagarlo?

Con una mayor eficiencia del gasto se pueden obtener mejores resultados para las personas incluso sin excederse de lo presupuestado.

Pese a significativas dificultades, las Islas Salomón, Liberia, Malawi y Nepal lograron considerables aumentos del ingreso tributario en la última década: entre 7 y 20 puntos porcentuales del PIB. Cerrar las lagunas tributarias y aumentar la eficiencia de los sistemas impositivos ofrece oportunidades de avance en muchos países.

Debemos apuntar a un futuro donde las cosas se hagan de otra manera.

En los países en desarrollo de bajo ingreso, las donaciones y los préstamos concesionarios seguirán siendo esenciales para respaldar inversiones que mejoren las aptitudes de la población y estimulen la productividad. En los países con niveles de deuda moderados, tomar créditos puede ser una alternativa, sobre todo si pueden aprovechar condiciones de financiamiento relativamente barato. Egipto emitió hace poco dos series de bonos por un total de USD 5.800 millones, USD 750 millones de los cuales estuvieron destinados a un bono verde —el primero de Oriente Medio— dedicado a la lucha contra la contaminación y a proyectos de energía renovable.

El FMI tiene la mira puesta en colaborar con los países miembros para ayudarlos a elaborar y financiar políticas al servicio de la gente. En nuestra labor en materia de asesoramiento económico y fortalecimiento de las capacidades respaldamos la ampliación y la mejora del gasto social, la movilización de ingresos públicos y la aplicación de impuestos más eficientes y progresivos.

Asimismo, hemos brindado financiamiento a una velocidad y escala sin precedentes: más de USD 100.000 millones a 81 países, incluidas 48 naciones de bajo ingreso. Y estamos estudiando alternativas para adaptar más nuestros instrumentos de crédito y poder así seguir atendiendo las necesidades de los países miembros.

A medida que la economía mundial emprende el largo camino cuesta arriba, dejando atrás lo peor de la crisis, hay algo que está claro: no regresaremos al pasado. Para superar la crisis y forjar la recuperación, debemos avanzar con un renovado sentido de determinación y solidaridad con *todos*. Juntos, podemos lograr un mundo más próspero y más resiliente. **FD**

KRISTALINA GEORGIEVA es Directora Gerente del FMI.